

LA PROMOCION HUMANA: SUS FUNDAMENTOS BIBLICOS Y TEOLOGICOS

Julio Jaramillo Martínez*

INTRODUCCION

El documento de Santo Domingo se traza la tarea de ubicar el tema de la *promoción humana* como uno de los objetivos primarios para su reflexión teológica y para su posterior aplicación pastoral. Lo coloca en efecto entre sus objetivos y lo incluye por lo mismo en el título del texto: *nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre*. Realiza un análisis sobre él en el capítulo II de la segunda parte bajo el nombre *la promoción humana*.

Entronca así la IV Conferencia con lo ofrecido por los documentos de Medellín y de Puebla. Medellín asume la Promoción Humana tanto en las ponencias que le marcaron su derrotero como en los documentos finales. La ponencia de Mons. Eugenio de Araújo Sales titula *La Iglesia en América Latina y la promoción humana*. En sus conclusiones hace de la Promoción Humana el tema englobante de los textos sobre Justicia, Paz, Familia y Demografía, Educación y Juventud. Puebla la hace suya dentro del capítulo II, Evangelización, bajo el título Evangelización Liberación y Promoción Humana. (cf. Numerales 470 a 506).

En concordancia con esta línea conductora del pensamiento episcopal latinoamericano se requiere, dentro de un esfuerzo de profundización, establecer las bases bíblicas que lo sustentan para hacer derivar luego los tópicos de reflexión teológica y las respectivas líneas de acción pastoral. Esta triple gestión es lo que se proponen las párrafos siguientes.

* Sacerdote diocesano. Doctor en teología. Rector del Instituto Teológico Pastoral del CELAM. Colombiano.

1. LA PROMOCION HUMANA: SU NOCION Y SU PROBLEMATICA

La Promoción Humana ha aparecido en la Iglesia de América Latina como la alternativa pastoral para superar las condiciones infra-humanas que viven y padecen muchos hombres y mujeres del sub-continente. Tiene entonces una connotación inmediata referida a dicha situación.

La Promoción Humana pide una mirada atenta en razón del concepto mismo con el cual se la identifica y en virtud de la forma como se la realiza.

La referencia al concepto de Promoción Humana involucra dos aspectos. En el primero se entiende el gesto que efectúa el hombre para llegar a ser hombre. Comprende un imperativo para la gestión eclesial: el de acompañar al hombre, en su *moción* -movimiento-, hacia la misión de humanizarse. Es la fidelidad que la Iglesia presta a la actividad creacional de Dios quien al formar el ser humano le imprime el dinamismo requerido para llegar a su realización como persona.

En el segundo se mira la realidad de la persona y su marco circundante. Este, con frecuencia inusitada, no le es propicio. En este caso le impide el avance personalizador. La noción de Promoción Humana solicitará una acción dirigida a disipar las coyunturas adversas al hombre, las que juegan el papel de barreras en su anhelo de alcanzar la riqueza humana debida.

La forma de dar curso a la Promoción Humana también se ve envuelta en interrogantes pastorales de tono álgido: quien acompaña el proceso del hombre para realizar su vocación humana, ya en el neto proceso humanizante ya en la empresa de quitar las cortapisas que aquella misión percibe, se interroga con frecuencia: ¿al humanizar, Dios qué?. Las gestiones promocionales de lo humano van a menudo asociadas con ciertos dualismos entre Dios y Hombre que generan zozobras e inquietudes al Pastor y con frecuencia al propio ser humano. Esta problemática, asociada como está al fenómeno en referencia, exige un claro empeño por descubrir la conjunción de lo divino y de lo humano en el evento salvífico de la historia.

2. LA PROMOCION HUMANA Y SU FUNDAMENTO VETERO-TESTAMENTARIO

Dijo Yahvé a Moisés: 'Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los

egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel (...). Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, pues ve; yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto. (Ex 3. 7-10 y Ex 12.)

La base bíblica muestra la razón de ser del asunto en mención. El recurso al texto sagrado y a la sub-siguiente reflexión teológica es parte definitiva del argumento total sobre Promoción Humana.

Respetando el propio origen de la fe israelítica es menester situar la atención en el libro del éxodo. Nos ofrece éste un doble testimonio: el de una situación adversa al hombre y el de una condición nueva, ni siquiera vislumbrada antes, en la cual el hombre consigue su dignidad. Es el tránsito de la condición de esclavitud y de cruel servidumbre (cf. Ex 2,23; 3,7) a la condición de libertad. Para el pueblo elegido, los gestores de las dos situaciones son evidentes. El primero lo encarna la figura histórica del Faraón Egipcio (cf. Ex, 1, 8-22; 3, 10). El segundo, es el Dios de los Padres, de Abraham. Isaac y Jacob (cf. Ex 3,6).

El momento salvífico del Exodo le re-descubre a los hombres errantes de Israel la religión generosa de sus Padres, la que había movido a Abraham a salir de su tierra para alcanzar algún día la tierra de la promesa. El éxodo, antes que nada, es un nuevo encuentro con Dios y con la rica vivencia religiosa de los antepasados. Con razón la tarea primera que el pueblo debe cumplir al salir de Egipto es la celebración del culto a Yahvé (cf. Ex 3, 12.).

Con no menos importancia la epopeya involucra al ser humano. Terminada la instancia de dolor para la cual Dios ha descendido (cf. Ex 3,8.) aparece la nueva situación. Su significado abarca la persona y su entorno. El hombre en efecto percibe un nuevo estado para él. El desconocimiento por tanto de las implicaciones antropológicas que la experiencia salvífica posee, conlleva un acto de infidelidad al conjunto total de la revelación.

Para concretar lo expuesto conviene asociarse al hombre israelita en su peregrinar por el desierto y poder percibir allí su dinámica existencial. La novedad de vida, vida en libertad, la invitación a amar, la posibilidad de alcanzar la condición de comunidad -pueblo-, el sentido de su diario acontecer y la posesión de la tierra, por citar sólo estas facetas, son realidades profundas a nivel del ser humano. Empiezan a ser captadas por el israelita como *contenido del designio divino* y como donación gratuita que Yahvé le ha hecho.

En el plan faraónico no se incluía la valoración del hombre; en los deseos

del Señor, en cambio, ha aparecido. *La vida empieza entonces a entenderse como don del Señor y por ende como respuesta a él.* El gesto mismo de vivir lo cotidiano, a veces simple, tiene ahora la profundidad y la diafanidad de lo divino.

Estos preciosos trazos de Promoción Humana están abarcando las fibras íntimas de la existencia, las razones últimas que tiene el vivir de los seres humanos. Es cierto, los experimenta de manera inmediata el miembro del pueblo israelita. Sin embargo, dada la connotación que tienen para *toda persona*, por tocar lo específico y propio de ella, no puede decirse que lo obrado se circunscriba a ese único hombre. Dios quiere expandir a las criaturas de los tiempos y de los espacios, sin ninguna discriminación, su mensaje de salvación. Desde esta perspectiva de universalidad se comprende que la particularidad israelítica requiere de una dimensión misional que abarque tanto el ayer, el *hombre del origen*, como el mañana, el *hombre del futuro*, ...*el de todos los tiempos.*

La visión entonces de hombre que las páginas del éxodo resaltan empiezan a comprenderse como *misión* a otros pueblos. El rico y espléndido conjunto de vivencias que Israel ha experimentado en su propia personalidad necesita extenderlo a los amplios espectros de la condición total del género humano.

3. LA PROMOCION HUMANA EN EL HOMBRE DEL ORIGEN

Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra y mande en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todas las alimañas terrestres y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó pues Dios al ser humano a Imagen Suya, a Imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y bendijolos Dios y dijoles: 'sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla ... (Gn 1, 26-28).

La mirada a la condición histórica del hombre no basta. De justicia es dar un paso adelante para ahondar en las dimensiones derivadas de la creencia religiosa. El hombre del principio, ¿qué? La pregunta versa sobre aquello que todos los pueblos incluyen en sus interrogantes: ¿Cómo era el hombre inicial, el hombre del origen? Israel torna misionera su fe de hoy respecto al hombre. Plasma en relatos llenos de contenido creyente cuanto había percibido.

Un vistazo de conjunto a los libros del éxodo y del génesis hace las veces de mano directriz en la comprensión de Adán.

El origen de su actual existencia, la vida en el desierto y en la tierra de la

promesa, es Dios. El principio de vida para el primer hombre, *Adán*, y en él, para toda existencia humana, es el mismo Dios. (cf. Gn 1s.s.). Cuando Este insufla sobre la criatura le comunica aquella vida que con riqueza había recibido en los días de su salvación. Se condensa así en un ayer, que comprende al *Hombre-principio*, la rica y novedosa visión del hombre salvo.

Los eventos de salvación cumplidos en la historia del pueblo le mostraron una realidad nueva: Dios ha colocado la huella de su designio en la persona humana. Ha dotado a ésta de un valor peculiar, del que adolecía bajo las huestes del jefe egipcio. El realismo existencial de este hombre, su *carne renovada y dignificada*, se detecta ahora como santuario donde Dios ha ubicado su presencia. Esta concepción de hombre se proyecta a los relatos del origen. El Génesis profesa en la cúspide de su fe que el *hombre es imagen y semejanza de Dios* (cf. Gn 1, 27).

Tradicional y rutinario era para los pueblos de la antigüedad representar a Dios con imágenes elaboradas gracias a la artesanía humana. Dios quiere preservar a su pueblo de tal praxis. Se explicita el precepto respectivo en el texto del decálogo (cf. Ex 20, 3-4). ¿Cuál es la razón de Yahvé para emitir tal prescripción?. Justo es aducir dos motivos: el teológico y el antropológico. En virtud del primero, Dios prohíbe esculpir imágenes suyas. Quiere hacer que el pueblo vire hacia el paso al monoteísmo. Quedará así abolida la multiplicidad de dioses. Quiere el mismo Dios que se llegue al reconocimiento de que El, y sólo El, ha salvado al pueblo. En razón del segundo, Dios ya ha colocado su Imagen, su Impronta en el mundo, en la vida de los hombres. No desea entonces que lo actuado por la mano humana rivalice con su pedagogía y sobre todo con sus propósitos. Anhela, con amor de Padre, que no se pongan ni sombras ni tinieblas a su presencia en el mundo, a la vida de sus hijos. Dios quiere en fin que el respeto a El se proyecte a su *imagen* y que por tal razón el ser humano sea acatado como poseedor de dignidad teológica.

Las tribus se han ahora cohesionado como pueblo. No son sin embargo la simple yuxtaposición de clanes. ¡Son pueblo ! Ser pueblo expresa lo interrelacional de la carne, de lo humano. En el Génesis la vivencia de pueblo está significada por la original convivencia de hombre y de mujer. Ambos son pregón de futuro respecto a la vida comunitaria de la humanidad. (cf. Gn 2,18 s.s.)

El Israel en quien se cumplió la promesa tenía como tarea ser poseedor de su tierra. Había de desplegar en los contextos de la historia los deseos de su Señor percibidos ya en unas primeras instancias de realización pero lanzados a una plenitud en el devenir de los acontecimientos. Este cúmulo de gestiones divino-humanas dan pie a otro contenido de fe que el Adán Original presenta: ser el señor de la creación (cf. Gn 1,27). La empresa señorial significa

emprender la jornada de todo día con el propósito heredado del día creacional: "Hacer que todo esté bien". (cf. Gn 1,10.12.18.20.25.31).

La experiencia del Sinaí, misteriosa y sacra, está revelando que el sentido de los días israelíticos se esconde en los designios divinos y que para el pueblo la audición de Dios es la fuerza que lo aglutina como comunidad. Este sentido trascendente de la existencia se traslada a la profesión de fe del Génesis. Cuando Dios prohíbe al hombre alimentarse del árbol de la ciencia del bien y del mal (cf. Gn 2, 16) quiere salvaguardar su condición de ser Dios, de ser El quien encierra el propósito sobre lo humano. Coloca a la criatura en actitud de respeto y de escucha de lo divino.

Sin embargo la jornada desértica puso en crisis la fe de los hombres ante Dios. Sus momentos de aflicción, cansancio y fatiga repercuten en la creencia y se tornan en instancias para la rebeldía religiosa. La naciente libertad humana sufre los embates cotidianos: ¿volver a la esclavitud en Egipto y tener allí las ollas de carne y el pan hasta la hartura (cf. Ex 16,3; 17, 3 s.s.; Num 11, 4 s.s.) o continuar la jornada en medio de las angustias ofrecidas por la tierra inhóspita del desierto con la mira colocada en la obtención de la libertad?. He ahí el nuevo drama del hombre: la conjunción entre libertad personal y Dios. ¡Tarea por cristalizar en el rumbo de los días!. El traslado de esta experiencia es patente en los relatos de los orígenes. Las versiones sobre las seducciones de la serpiente -alguien distinto a Dios- y sobre el progresivo consentimiento que a ellas brinda la mujer y luego el hombre están referenciando el papel de la libertad: aceptar o rechazar las palabras del Señor. La condición pues del hombre desobediente, del Adán rebelde, habla de éste como gestor del desorden en el mundo. El pueblo, en su confesión primera de fe, quiere decir algo de profundidad respecto al mal en el mundo: es Adán, es el hombre, quien gesta el mal. El pueblo, al profesar su fe, excluye a Dios como génesis del dolor. La experiencia de Faraón sumada a los días de auto-rebelde en la aridez de un desierto eran bases suficientes para arribar a tal conclusión.

En una palabra conclusiva se precisa afirmar: la dignidad del hombre es percibida como un don que Dios ha colocado en la raíz de todo ser humano. Quien viene entonces a la vida posee desde su principio mismo, principio teológico, una peculiar dignidad. La posee es verdad en germen y por ello como tarea a realizar, como gestión por cumplir.

4. LA PROMOCION HUMANA EN EL HOMBRE DEL FUTURO, ... EN EL HOMBRE DE SIEMPRE

*¡Oh Yahvé, Señor Nuestro,
qué glorioso tu nombre por toda la tierra!*

*Tu que exaltaste tu majestad sobre los cielos,
en boca de los niños, los que aún maman
dispones baluarte frente a tus adversarios
para acabar con enemigos y rebeldes.*

*Al ver tu cielo, hechura de tus dedos,
la luna y las estrellas, que fijaste tú
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes
el hijo de Adán para que de él cuides?*

*Apenas inferior a un dios le hiciste,
coronándole de gloria y de esplendor,
le hiciste señor de las obras de tus manos,
todo fue puesto por ti bajo sus pies. (Sal 8, 2-8).*

El recorrido realizado por la unión de los textos sagrados muestra paso a paso una realidad: el Adán genesiaco representa en el plan de Dios una vocación a realizarse y un proyecto por cumplirse. ¿Cuál? El de hacer que lo humano viva su adecuado proceso de *promoción*. Así lo quiere el Creador.

La pregunta que no puede soslayarse es la siguiente: ¿se reduce la fe del pueblo a una visión exclusiva sobre él o se vincula al ámbito de su creencia el conglomerado humano? Es cuestión de consecuencias hondas. Allí quedan cobijados tanto el deseo universal de Dios para salvar a todo hombre y como el ser humano que esté ubicado más allá de las fronteras históricas y geográficas de Israel.

Cuando Dios ha llevado al pueblo elegido a profesar la fe sobre la dignidad del hombre y su respectivo valor en los términos amplios del Génesis, amplios porque está implicando allí a cualquiera que se llame hombre, está haciendo que la visión de hombre poseída por aquel pueblo tenga una connotación misional. En virtud de ésta, aquella concepción de persona ha de incluir todo ser humano.

En esta visión se mezclan los términos paradójicos de la grandeza del Revelador y de la pequeñez de quien muestra en la historia tal mensaje. El Israel, pueblo sencillo y discreto para las condiciones de su época y no siempre

fiel a lo que su Dios le indicaba, va emitiendo un pregón sobre la persona que será significativo en las esferas de toda la humanidad. Detrás de este Israel subyace el Padre de Todo Hombre, el Dador de la Vida, quien, superando las limitantes de las épocas, presenta en Adán un mensaje universalista sobre lo humano. Tras las sencillas huellas del hagiógrafo israelita se esconden los planes universales y magnánimos del Salvador.

La comprensión del Génesis como reflejo de una creencia religiosa comprensiva de Dios y del hombre, hacedor de vida el primero y poseedor de ella el segundo, requiere que desde tal punto de partida se mire la vocación de todo hombre, de los que en el curso de los tiempos continuarán siendo Adán. Bajo estos parámetros entonces es menester concebir al hombre del futuro, al hombre... de siempre:

- Adán, si bien es el hombre primero, no es sólo eso. Es el primer hombre en quien está involucrado todo hombre. Cada ser humano será por ello un ser querido y amado por Dios; un ser que llamado por Dios a la realización como persona y que deberá entender que su desarrollo personalizador lo ha de vivir en concordancia con los deseos del creador. La existencia pues de cualquier persona surge del nuevo y reiterado gesto divino que la cualifica dotándola de valor y de dignidad singulares.
- La totalidad de la existencia, la integridad del hombre, será considerada *don* de Dios. Esto implica que cada uno de los componentes de aquella sean identificados como presencia viva del Señor.
- Por tanto: el todo de la existencia humana, aptitudes, virtualidades, sentido paulatino de crecimiento, en una palabra, su historia, se torna en un movimiento *-moción-* que irá revelando lo que Dios ha colocado allí. Los alcances de tal dinamismo verificarán para el hombre los propósitos del plan divino. Llegará a ser exigencia íntima y constitutiva de la fe religiosa vivir lo *personal* no como *una* de las respuestas a Dios sino como *la respuesta genuina*, la que da sentido a todas expresiones responsoriales.
- El hombre, al dar curso a su proceso personalizador, conjugará los elementos del conjunto divino-humano:
Lo religioso estará ubicado: en el origen y en el principio del hombre; en la compañía que El hace durante el curso de la vida al otorgar sentido a ella; en la tensión que El mismo le brinda cuando le coloca una meta a la existencia.

La dinámica divina aparece pues asociada de modo inseparable y eficaz a la vitalidad humana.

Lo antropológico estará dotado de su clara identidad y autonomía dentro de un marco envolvente, el deseo de Dios sobre él. Este, antes que ser mengua de aquellas, les es factor de incentivo.

- El dinamismo entonces de la vocación humana tendrá por meta la *promoción de lo humano*. Desde el Génesis, visto como texto que abarca al hombre, es adecuado hablar que *su promoción*, su tarea esencial de *hacerse hombre*, dadas las raíces y los fundamentos religiosos en las cuales está sustentada, es misión y tarea que *habla sobre Dios*. Esta empresa, de la más honda raigambre humana, es la máxima obra querida por el creador a la vez que es necesitada por la persona. La desea El cuando dota al ser humano de la potencia para alcanzar su realización. La necesita ésta como satisfacción a sus legítimas aspiraciones y como puesta en práctica de sus potencialidades.

En conclusión: a Dios se le debe dejar que hable de su amor por el hombre cuando en la riqueza de cada ser se sepa leer el tesoro que El ha depositado allí. Al hombre en fin se le debe dejar que hable de su amor por el Padre cuando, al amarse a si mismo, de curso a la plenitud de vocación que le ha sido asignada ya en la totalidad de su ser ya en la particularidad de sus virtudes.

5. LA PROMOCION HUMANA EN LA PERSONA DE JESUCRISTO

Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos. (Rm 1, 1-4). (Testimonio análogo sobre la realidad del Hijo de Dios nacido de mujer queda expresada en Gal 4,4).

La expresión paulina explicita un dato vital para la fe cristiana y de capital importancia para la comprensión bíblica de la *promoción humana*: la manera de interpretar el *ser* de Cristo. La comunidad de los primeros cristianos se alimentaba en efecto no sólo de lo obrado salvíficamente por el Mesías; a la par con ello se interrogaba sobre Cristo mismo, sobre su persona, sobre su carne. Los primeros hombres de fe enfrentaron la realidad de la existencia histórica de Jesús y se situaron ante el reto de incluir en el kerygma lo personal del

Salvador, su concepción en carne según el linaje de David y su rango como Hijo de Mujer.

Esta misma forma interpretativa acompaña los textos evangélicos que se refieren a la concepción del Señor. Los más representativos vienen ofrecidos por los evangelistas Mateo, Lucas y Juan (cf. Mt 1, 18-24, Lc 1, 26-32 y Jn 1, 1-3.14). Presentan esos trozos la doble condición mostrada por Jesús en su historia: el realismo de un ser corporal envuelto en los parámetros de su relación con Dios.

Bajo dos factores se lanzaba la mirada a Jesús: El que aludía a Dios, el divino y el que referenciaba al hombre, el humano. Habían en efecto percibido la acción mesiánica cumplida por el hijo del Padre, la dimensión salvífica de éste; simultáneamente habían captado que lo personal de Cristo, su condición de Hijo de Mujer, *también respondía a lo querido por Dios*. Al primero se lo ubicaba en la raíz del segundo y por ende como sentido de él. Al segundo se lo contemplaba con el más sano realismo: el ser-en-carne, como la vivencia del yo bajo las variadas y diversas circunstancias de la historia. Todo esto abarcado, dentro de la lógica religiosa, en la 'exigencia de ser instancia revelatoria' de los designios de Dios sobre el hombre.

Los pregones del momento neo-testamentario experimentan una doble misión: la del anuncio mismo del Kerygma detectado en Jesús y la de enfrentar diversas y variadas interpretaciones sobre Cristo que se empezaban a producir en el ámbito circundante a los discípulos.

En gracia de lo primero las páginas neo-testamentarias se sienten exigidas de ser fieles al legado del texto primero de la revelación, el plasmado en las letras del antiguo testamento. Ante el hecho de entender al Jesús temporal como la 'Plenitud del Tiempo' (cf. Heb 1,1 s.s) sienten la urgencia de leer aquellas páginas como pre-anuncio de cuanto ahora, en el 'Año de Gracia' (cf. Lc 4, 18-21) ha sido mostrado por el Padre.

La realidad entonces del Mesías Personal es asumida bajo los criterios que de antaño habían servido para la intelección del hombre. (cf. Las expresiones 'Carne', 'Adán', 'Imagen y Semejanza de Dios'. Sintetizan ellas la visión antropológica del Antiguo Testamento).

La comprensión del Evangelio referida a Jesús de Nazareth recurre al mismo criterio para señalar su condición histórica. Las expresiones 'Se hizo carne' (cf. Juan 1, 14), 'Segundo Adán' (cf. Rm 5, 12-21 y 1 Cor 15, 20-28) e 'Imagen' (cf. Heb 1,3 y Col 1,15) son fehacientes de esta creencia. En una palabra: Cristo el hijo de Mujer (cf. Gal 4,4) ha hecho suya la condición del primer Adán.

La vida pues de Jesús, leída con los ojos de la fe por la comunidad cristiana, se sitúa con claro sentido de realidad ante el evento de un Dios hecho Hombre. La fe pascual se apropia del hecho del Logos, del Hijo Eterno del Padre. Lo hace bajo los patrones antropológicos heredados de las páginas del testamento antiguo. Esta delicada mixtura divino-humana empieza a ser componente íntimo en el naciente anuncio evangélico.

En virtud de lo segundo, el pregón de quienes manifestaban la nueva y definitiva palabra de Dios tenía que enfrentar una cierta intelección sobre el cuerpo y la carne del Señor. Para el mundo gnóstico, mundo más de la intelección espiritualista que del realismo histórico, no era comprensible que el hombre verdadero tuviera carne mortal porque él debía estar dotado de una condición 'espiritual', no carnal. Para el mundo del maniqueísmo la posesión de la carne conllevaba un detrimento de lo espiritual. Ella contrariaba lo espiritual, que era lo verdadero, desde el punto de vista moral.

Una y otra visión interpretativa es asumida por los evangelistas. Con el valor que el convencimiento de la fe produce proclaman la dimensión de la carne y de lo material como algo que Dios ha hecho propio para ofrecer desde allí el sentido divino de lo humano.

Establecidos los términos de concatenación entre el primer hombre y el hombre definitivo no es errado afirmar que en la intención de quienes plasmaron en sus escritos los datos centrales de la fe en Jesús aparecía el propósito de entender que aquel tenía por meta ser profecía del que había de venir. Este, tenía como gestión realizar en su condición de hombre lo anunciado desde el principio del tiempo.

Para el cumplimiento de esta misión, Jesús debía entonces:

- poseer su propia carne en aras de alcanzar un realismo existencial. Gracias a ello podría ser percibido por los hombres como revelación del designio de Dios.
- comprender que la carne donada a El por la acción del Espíritu en las entrañas de María cumpliría la función de revelar los designios de Dios sobre el hombre.

De esta manera El sería significativo a todo ser humano en el valor y en el sentido de la existencia histórica.

- realizar en la propia carne la obediencia al Padre. El primer Adán al tener la pretensión de ser como Dios (cf. Gn 3, 5) manchó la condición

carnal con huellas de desobediencia y de rebeldía. No por ello sin embargo perdió su dignidad (cf. SD 159). El segundo Adán prometió en su entrada al mundo que venía a hacer la voluntad del Padre en su propia carne (cf. Hcb 10, 5-9). La realización de este gesto obediencial va mostrándose en el diario acontecer de su vida pero alcanza su máxima explicitación en el momento previo a la muerte cuando al aceptar ésta como el 'Cáliz que ha de beber' (cf. Lc 22,41.) deja ver la intensidad de su obediencia al Padre: desprenderse del yo, de la vida, para que Dios-amor-por-el-hombre, sea testificado en la entrega de una existencia.

La manifestación de la obediencia al Padre se torna en génesis del nuevo orden de vida entre los hombres contrapuesto como es lógico al desorden que el pecado del primer hombre sembró en la historia de la humanidad, el que le condujo a sentir temor por Yahvé (cf. Gn 3,10), a experimentar vergüenza sobre si mismo (cf. Gn 3,7), a desvirtuar la relación con los hermanos (cf. Gn 3,16 y Gn 4, 1-8) y a desdibujar el vínculo con el mundo (cf. Gn 3, 16 y 3. 17-18).

6. LA PROMOCION HUMANA EN LA OBRA DE CRISTO

Entró de nuevo Jesús en la sinagoga y había allí un hombre que tenía la mano paralizada. Estaban al acecho a ver si curaba en sábado para poder acusarle. Dice al hombre que tenía la mano seca: 'Levántate ahí en medio'. Y les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?. Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: 'Extiende la mano'. El la extendió y quedó restablecida su mano. (Mc 3, 1-5).

El texto evangélico es muy claro en mostrar la manera como Jesús enfrenta el problema del sábado desde la visual religiosa. Ante el carácter religioso que acompaña al día sábado la pregunta 'Qué está permitido hacer en sábado' se equipara a decir, ¿qué pide Dios hoy?.

En el primer amago de respuesta al problema Jesús llama al hombre enfermo, lo saca del rincón y lo trae al centro. Lo hace punto focal para las preocupaciones del momento. No se sitúa en actitud de disputa teórica sobre él sino de acción eficaz ante su problema. Parece decirle: qué necesitas Hoy, en día Sábado?.

En el segundo esfuerzo por dar respuesta al problema pasa a preguntar: ¿El sábado, está hecho para hacer el bien o el mal, para salvar la vida o para perderla?.

Dentro del tono religioso que rodea la discusión con los fariseos, la afirmación que se explicita a través de la pregunta de Jesús puede expresarse así: Dios, está presente hoy sábado para afirmar la vida y para hacerle el bien.

Esta concepción de Dios poseída por Jesús tiene dos consecuencias: una para la persona de Jesús y otra para la persona del hombre con 'la mano seca'.

La pregunta que Jesús se haría en este momento sobre su propio ser, 'qué sé yo sobre mi mismo', empieza a tener una respuesta con parámetros muy claros:

- El religioso: Dios, ¿qué me pide hoy, en este instante?
- El humano: eso que El pide de mi yo, ¿qué le debe significar al hombre que está enfrente?. Si Dios es quien ama la vida y es quien está presente en el sábado para 'afirmar la vida' (cf. v.4), le debe significar vida; si Dios fuera quien retardara la vida significaría lo contrario, un retardo en el proceso vital.

Entonces: ¿qué comportamiento se deduce de lo anterior para el propio ser personal? El de la necesidad de amar a Dios sobre todas las cosas para aceptarlo como principio de acción personal de cara al amor por el hombre y por la afirmación de su vida. Ese amor supremo por Dios ha de colocarse por encima de los miedos personales ante las insidias farisaicas, ante las confabulaciones de estos con los herodianos para buscar su muerte (cf. v.6). El amor generoso por el hombre tendrá la primacía sobre las seducciones de grandeza que el gesto benévolo suscitaba (por esto se retiraba al descampado luego de sus acciones en favor de los hombres para evitar aclamaciones). Dios aparece como la razón de la vida de Jesús y el hombre como la verificación de la creencia.

El yo es visto pues como la urgencia divina de ser quien manifiesta el valor de la vida escondido en Dios y vuelto ocasión efectiva de dignificación en las circunstancias que se viven.

La pregunta final está representada por el hombre que tenía la mano seca y que ahora está sano. Versa ella sobre su identidad personal y sobre su valor. Parece decirse el hombre sano: '¿cuál es la razón de ser de esta nueva situación que hoy me caracteriza?'

Su bienestar, su mano curada, es hoy la verificación de la fe religiosa, de la verdad sobre el sábado. De nuevo ahora, como ayer en las gestas veterotestamentarias experimentadas por Israel, el valor, la dignidad y la justicia al hombre son *el asunto de Dios*.

La obra de Jesús, el *Evangelio*, le revela a quien es depositario de la condición humana cómo Dios es quien asume su causa y le muestra su verdadera situación. Por consiguiente: el evangelio no es sólo la visión que la comunidad cristiana entrega acerca de Cristo sino que además, y en razón de lo efectuado por El, es visión sobre el hombre. Visión valorativa, visión dignificadora, visión justiciera. Llevado de la mano de tal enfoque evangélico Juan Pablo II ha afirmado en los albores de su pontificado: "En verdad, ese profundo estupor respecto al valor del hombre se llama Evangelio, es decir Buena Nueva. Se llama también Cristianismo" (Juan Pablo II. Redentor del Hombre 10).

En feliz síntesis sobre el misterio de la Encarnación ha dicho el Vaticano II:

En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir Cristo Nuestro Señor. Cristo, el Nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su Amor, manifiesta plenamente EL hombre AL propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (GS 22. Nota: El subrayado es personal).

Bajo esta óptica encarnacional y dentro de un laconismo pletórico de significado conviene destacar la expresión 'el hombre al propio hombre'. En efecto: Cristo en su carne le ha mostrado a los hombres el misterio de Dios sobre ellos mismos, sobre 'el hombre'. A este tópico se aludió en renglones previos. Pero algo más: Cristo le ha mostrado al hombre enfermo y en él a todo ser humano *el hombre verdadero*, el que los otros seres eran incapaces de gestar por la membrana de egoísmo que construyeron y con la cual quisieron disimular el sentido del amor.

Este bello sentido encerrado en la Carne del Señor es el que le ha conducido a afrontar las condiciones no humanas en las personas de su época para buscar su transformación. Con el mensaje de las bienaventuranza, vuelto vivencias y exigencias personales, se acerca al pobre y al triste, al hambriento y al perseguido para anunciarles la Felicidad. (cf. Mateo 5,3 s.s.).

7. LA PROMOCION HUMANA EN EL HOMBRE NUEVO

Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. (2 Cor 5, 17).

Pero no es éste el Cristo que vosotros habéis aprendido, si es que habéis

oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios en la justicia y la santidad de verdad. (Ef 4, 20-24).

De acuerdo a estos textos es factible entender la nueva condición de los hombres: son seres 'referidos a Cristo' para descubrir en éste el llamamiento a ser 'criaturas nuevas' y por lo mismo a dejar atrás las características del 'hombre viejo'.

Revela pues la Escritura cómo Cristo, al haber participado de la suerte humana y haberlo hecho en íntima comunión con el Padre, ha instaurado en la historia un principio definitivo, el de Dios, para todo aquel que sea hombre. En el acontecimiento 'Cristo' se gesta una nueva situación para lo humano. He ahí el origen cristológico del 'hombre nuevo' paulino.

Surgen dos cuestiones de lo expuesto. La primera versa sobre el 'cómo' se realiza la tarea del hombre nuevo. La segunda sobre el 'para qué' de aquella realidad teológica. Dos textos del apóstol Pablo van mostrando la respuesta.

Para la primera de aquellas cuestiones conviene descifrar una respuesta en los mensajes de la carta a los Corintios. En 2Cor 8,9. se lee: "Conocéis bien la generosidad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que nos enriqueciéramos con su pobreza".

La riqueza del Señor identificada en El como desposeimiento personal llega a ser, dentro de la pedagogía de Dios, riqueza para el hombre, raíz de vida.

De este Cristo fuente de vida se deriva para la persona una forma nueva de existir: la de vivir *para El*. El texto de la misma carta a los corintios es significativo: "Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para si los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2. Cor 5, 14-15).

Con los elementos del texto es posible deducir lo siguiente:

'el amor de Cristo apremia': la presencia de Cristo en la cruz es mirada como una fuerza que llama al hombre:

'todos por tanto murieron': en la vida de Cristo se produce un corte para la

existencia de los hombres: la desaparición de un un estilo de vida a fin de que aparezca otro.

'ya no vivan para sí': un estilo de vida ha de desaparecer: la cancelación del egoísmo como patrón de conducta.

'sino para él': el vivir de los cristianos, en la óptica de la cruz, no es un existir para sí mismos, es un vivir para El a fin de aprender a vivir en El y como El. La existencia pues del hombre cristiano no se agota en vivir para los demás. Ello se prestaría al cultivo de las dimensiones filantrópicas en las cuales es factible el crecimiento del propio yo. La existencia es para vivirla según Cristo. En El se aprende el modo de proyección a los hombres.

Quien quiera cumplir la misión de asemejarse a Cristo deberá volver la mirada a El, a sus rasgos históricos, para reconocer cómo la obediencia le hizo en verdad hombre humillado por debajo de todos pero le propició el reconocimiento divino que le exaltó por encima de todos y le brindó un nombre sobre todo nombre (cf. Fil 2, 6-11). Ha obrado pues el Dios de la Resurrección un algo tan grande en la persona de su Hijo que llega a ser principio de 'nueva creación'. (cf. 2 Cor 5,17; Ap 21,5).

No es el hombre cristiano un hombre muerto en el Adán desobediente sino renovado y revivido en el Adán Obediente, en el nuevo y definitivo hombre, en Cristo Jesús.

Para la segunda de las cuestiones referidas, la del imperativo ético, la del 'para qué' del hombre nuevo, la enseñanza de Pablo suministra un nuevo tópico de reflexión. Hasta ahora se ha dicho que es menester amar a Cristo si se quiere vivir para El. No se agota sin embargo la dimensión del amor en la persona del Señor. El, en efecto, ha vivido-para-los-demás; quien sea su discípulo estará exigido de vivir también en función de los hermanos. La libertad del hombre, entendida como el punto desde donde él toma las decisiones acerca de sí mismo, empieza a ser considerada no como algo que se justifique en su propio ser sino como plataforma desde la cual se construyen las libertades de los hermanos. Las dimensiones respectivas son ofrecidas por el pensamiento paulino en la carta a los Gálatas, (5, 1.13-15).

Para ser libres nos libertó Cristo. Mantenéos pues firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud. (...). Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; solo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servios por amor los unos a los otros. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a

tu prójimo como a ti mismo. *Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente, ¡ Mirad no vayáis mutuamente a destruirlos!*

Del texto se derivan consecuencias para la *promoción humana*, para el hacerse de la persona y para el hacer personas. Son ellas:

- El mensaje de Cristo es percibido como mensaje de libertad. A Cristo se le lee como quien hace un ejercicio de libertad personal. Su vida, génesis de su Cruz, a la par con ésta, es vista como experiencia de hombre libre. Este ejercicio de libertad actuado por el Señor marca la historia de las libertades humanas de tal forma que él se constituye en cualificación máxima de aquella. Por tanto, la libertad de cada ser humano empieza a tener un punto de referencia en el trayecto de su realización.
- En consecuencia: la libertad del hombre es vista como *invitación* a partir de Cristo: "Para ser libres...". (cf. v.1). Luego: la práctica de la libertad por cada poseedor de ella vendrá a ser respuesta a la libertad 'original' que el Maestro brinda. Es originalidad que alude a la forma de realización antes que al momento cronológico de su realización.
- Se trata de preservar tal libertad para que "no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud". (cf.v.1.). Refieren estas palabras a la esencia del acto ser libre: la posibilidad de responder afirmativa o negativamente. Bajo esta perspectiva el apóstol a la vez que reconoce la naturaleza de la libertad como capacidad y poder de decidir llama la atención sobre el riesgo de estar nuevamente bajo las formas de servidumbre.
- El verso 13 sirve como empalme entre lo expresado y el contenido de los versos finales del capítulo. Al prevenir el apóstol sobre el libertinaje como forma de concebir la libertad está obrando en consonancia con lo indicado antes. La visión sobre libertad, de una parte, es hija de la enseñanza de Jesús pero ella, de otra, está colocada en función de 'algo más', de la dimensión del amor en cuanto este implica la proyección constructiva en aras de las libertades humanas. San Pablo sitúa pues la libertad desde la óptica de Cristo y en función del precepto del amor.
- La libertad existe entonces para el servicio mutuo (v.14). Luego su razón de ser y la obtención de su plenitud radica en la realización del amor al hombre. En el lenguaje de la carta a los gálatas se manifiesta en términos negativos el imperativo que tiene la libertad: que ella no

sea para la destrucción de las libertades humanas. La expresión positiva de esta idea exige decir: la libertad existe como recurso querido por Dios para que los hombres puedan ser libres. Al incluir este vínculo como componente íntimo de la libertad se le suprime su enfoque individualista y se le enmarca en la vivencia comunitaria y social. Queda instaurada en la enseñanza paulina la faceta fraterna del 'ser-libre'. Las libertades de los hombres, sus realizaciones históricas, serán la tensión colocada para la práctica de la propia libertad.

Queda explicitada de esta manera la relación entre libertad y amor. La primera es la plataforma que posibilita la entrega mientras ésta viene a ser el lugar donde se verifica el valor de la libertad personal y la significación que en ella desempeñan las demás libertades.

En conclusión: la experiencia pascual sobre la persona quiere darle a ella un tono de novedad, la manifestada en el *hombre nuevo*. El acercamiento a esta realidad antropológica a través del kerygma entregado por el apóstol de las gentes ha puesto de manifiesto núcleos íntimos del hombre: la libertad personal, el amor y el sentido social del hombre. La unión de éstos es generadora de seres humanos, de *promoción humana*. El vivir para Cristo (cf. 2 Cor. 8.9), experiencia básica de los días pascales, significa para el hombre nuevo alcanzar una honda identidad en si mismo: la producida por el amor a si mismo de los preceptos evangélicos, pero con un desarraigo tal respecto al propio yo que se haga de él un motivo para que los demás seres alcancen su plena estatura humana, su *promoción personal*.

8. LA PROMOCION HUMANA Y SUS IMPLICACIONES PASTORALES

Los términos bíblicos y teológicos presentados en los renglones anteriores son génesis de acciones pastorales. Sea adecuado contemplar las siguientes:

En el orden kerygmático la misión pastoral se enfrenta con la necesidad de pregonar la *verdad sobre el hombre*. Esta verdad abarca dos instancias, la teórica y la práctica. En virtud de la primera, el anuncio del Evangelio muestra cuanto Dios ha revelado acerca de la persona en los páginas bíblicas, de un modo peculiar y significativo en la persona de su Hijo. En virtud de la segunda, la acción pastoral se sitúa frente a aquello que el ser humano va alcanzando en su propia existencia, eso que él llama 'su verdad histórica', para ayudarle a leerlo e interpretarlo a la luz de la *verdad sobre el hombre* indicada por Dios.

En el orden de una actividad pastoral personalizadora se debe encontrar la

manera de acompañar al hombre en el proceso humanizador al cual está invitado. El mismo, de hecho busca alcanzarlo en su diario acontecer. Si la empresa evangelizadora sabe asociarse con efectividad a ese dinamismo será posible que él sea vivido con dimensiones cristianas y que sus frutos se vuelvan expresión de fe; si aquella no descubre los caminos de integración entre los dos aspectos señalados estará propiciando que el hombre no descubra el papel que desempeña la creencia religiosa en su proyecto vital y opte por hacer de su hominización la razón para abdicar del evangelio. Este reto, de hondas raíces salvíficas y antropológicas, es realidad que se le presenta, como dada por el evangelio mismos, a la gestión eclesial de la evangelización. Es reto que se torna apremiante si se entiende que la cultura se le acerca al hombre día a día para presentarle paradigmas y modelos de realización humana y que él va acogiendo tales prototipos en aras de su formación.

En el orden de la evangelización será imprescindible propiciar un diálogo entre el mensaje de Jesús y la concepción que la persona tenga sobre ella. Dice al respecto Juan Pablo II:

El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de si mismo (...) debe, con su inquietud, incertidumbre, incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en El con toda la realidad de su ser, debe 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación. (Juan Pablo II. Redentor del Hombre 10).

En una palabra, el hombre debe confrontar la verdad que sabe y que alcanza sobre si con la que se ha manifestado acerca de él en el Evangelio. Esto es asumir el Evangelio en aras del conocimiento y de la vivencia personal.

En el orden de la pastoral social: corresponderá hacer de ella un 'camino hacia el hombre' (cf. Juan Pablo II. Encíclica Redentor del Hombre 14). Significa esto que se toma no sólo a la persona sino también a su contorno y que se hace tal gestión por la incidencia que éste tiene en el proceso personalizador. Toca acá enfrentar tareas disímiles. Convenga citar:

- el diálogo con las visiones de hombre que se tienen en la sociedad,
- el análisis sobre los efectos de estas visiones en las estructuras sociales que a menudo son creadas como soporte de aquellas
- la confrontación con las culturas de los pueblos para alcanzar una cercanía pastoral a los centros de decisión del mundo, a los puntos desde donde se gestan las visiones de hombre. (cf. EN 19).

En el orden intra-eclesial será necesario superar las visiones de hombre que

no siempre posibilitan la *promoción integral* de la persona. Es menester llegar a resultados felices en este proceso tanto en lo que atañe a la integración de lo divino con lo humano como a la justa y adecuada valoración acerca de los distintos aspectos que componen la vida: la trascendencia, la historia, el componente material y el sentido de lo espiritual por citar sólo estos. Una visión eclesial sobre *promoción humana* que sepa conjugar de manera clara la verdad sobre Dios con la verdad sobre el hombre se tornará significativa para quienes, llevados por una visión secularista, no logran en lo concreto de sus existencias ensamblar tales dimensiones. (Juan Pablo II. Discurso Inaugural Santo Domingo 13).

En el orden de la concepción de la *promoción humana*: tener precisión y claridad sobre la doble vertiente en la cual se mueve tal tarea: la Promoción misma de todo lo humano y el quitar o separar las condiciones históricas que impiden al ser humano su realización y su crecimiento personal.

En el orden de la misión profética eclesial: colocar una atención peculiar a la lectura de la historia a fin de descifrar en las aspiraciones vitales de cada persona las huellas de Dios, los *signos de los tiempos*. (cf. Medellín, Introducción a conclusiones 4; DP. 1128).

CONCLUSION

La Iglesia Latinoamericana experimenta hoy la urgencia de penetrar con el evangelio las formas culturales, de *inculturar* la vitalidad de la palabra de Dios, para que ésta llegue a ser semilla y germen en el nuevo dinamismo histórico de los pueblos.

Esta gestión inculturadora halla en la *promoción humana* un punto egregio. El diálogo del evangelio con las culturas colocará en actitud de empalme el tipo de hombre que van gestando las culturas y el tipo de hombre se debe gestar cuando se tiene el evangelio como fuente de Promoción para lo humano. Al confluir ambas vertientes estarán ubicando sus puntos de convergencia como instancias que, implícitamente unas veces y explícitamente otras, encierran dimensiones cristianas. Cuando la diversidad de facetas sea lo significativo del encuentro, la fuerza de la palabra de Jesús estará mostrando rumbos nuevos, indicativos de más plena humanización, a los frutos de la cultura.

La inculturación del evangelio halla en la promoción humana un signo de credibilidad para el propio hombre y para la historia. La promoción humana verifica el valor y el sentido del Evangelio en la vida de los seres humanos.